

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

# el último de cuba



La Huerta Grande

EDITORIAL

el último de cuba

COLECCIÓN  
Las Hespérides

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

# el último de cuba



ESLES DE CAYÓN  
2016

© De los textos: José Joaquín Bermúdez Olivares

Santander, enero 2016

EDITA: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-943393-9-4  
D.L.: M-32015-2015

Diseño portada: Enrique García Puche para 3BIEN Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdeparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## Capítulo 1. Llegada

El balanceo de la escalerilla era peligroso para su pierna maltrecha, aunque no podía deberse al viento, que había cesado de golpear al poco de embocar la bahía de La Habana. Ayudado con su nudoso bastón logró bajar mientras por detrás se oían las voces nerviosas de los pocos turistas norteamericanos que habían usado aquel malhadado paquebote —AIRAM, matrícula de Bilbao— en lugar del moderno J.J. Spinster, tal vez para ahorrarse la escala en Puerto Rico.

Según bajaba se mezclaban las exclamaciones de los jubilados gringos con los sones de una ¿guaracha? que maltrataba una orquestina de mestizos locales, apoyados por maracas, marimbas, vibráfono preparado y ¿bandoneón? para mayor color; junto a ellos tenderetes asoleados con souvenirs menesterosos, entre los cuales latas de sopa Campbell y bastones más aerodinámicos que el de Rafael.

Cuando las operaciones de aduana y visado quedaron cumplidas (facilitadas por discretas dádivas en moneda fuerte) varios obsequiosos muchachos nativos se ofrecieron a buscarle un taxi, dirigiéndose a él en la jerga que empleaban para los yanquis adinerados. Tal vez llevado por el atavismo de ser «un caballero español» repartió unas propinas mucho mayores que las que aquéllos solían dejar y en todo caso desproporcionadas para la lista de gastos que a la vuelta tendría que justificar.

Si bien el taxista había reconocido a Rafael como español por su acento cuando este le indicó la dirección del Hotel Nacional, emprendió su habitual recorrido laberíntico tratando de encontrar la distancia mayor entre dos puntos que estaban separados por catorce minutos a pie (más para Rafael y su bastón, desde luego). El pasajero aprovechó indiferentemente la demora para recordarse por centésima vez el objetivo, peregrino, de su viaje, sin dejar por ello de tomar nota inconsciente de los lugares que debía evitar. En la radio del incongruente modelo londinense trasplantado a La Habana vía Miami sonaba (no había radio en los taxis españoles) un chachachá.

Rafael Sánchez Cercas, soltero, nacido en Olmedo, cuarenta años, ayudante de librero en su juventud, veterano de la Batalla del Ebro y la campaña de Cataluña, herido y hecho prisionero en Borjes Blancs, todo eso estaba en su ficha pero ¿qué hacía un muchacho de Valladolid en la Cuba del otoño de 1956?

El coche se detuvo al fin frente a un edificio bajo y alargado que debió ser blanco *ab origen* y en el que múltiples temporadas lluviosas y secas habían serigrafiado signos inconfundibles de decrepitud, signos tal vez ocultos para la misión que Rafael, sobre el terreno, consideraba cada vez más improbable. El gesto sorprendente del taxista Juancho (según se leía en la no menos sorprendente tarjeta de visita que con un «para lo que necesite el señor» le entregó) ayudándole con las maletas ante la ausencia notoria de portero o botones del hotel, impulsó a nuestro héroe a preguntarle por la calle Bacardí. El gesto torcido de Juancho le confirmó lo estúpido de la pregunta.

La recepción del Hotel Nacional guardaba un vago parecido con la sala de espera de un dentista al que, por algún motivo inconfesable, le hubieran retirado la licencia y ejerciese ahora, clan-

destinamente, en la recepción derelicta de un hotel. La anciana que asomó al fin tras el mostrador de baquelita (Dulce María según una reluciente placa que ostentaba su marchito pecho) se demoró sus buenos tres minutos en la contemplación de un pasaporte que hasta hacía poco hubiera resultado todavía más insólito. Muchos exiliados españoles habían llegado a Cuba quince años antes, aunque pocos hubieran mostrado simpatía por el nombre de aquel hotel; pero solo la reciente apertura de relaciones con los Estados Unidos de un Eisenhower más preocupado por las bases aéreas que por una fantasmal República en el exilio o un no menos fantasmal pretendiente entregado a la difusión de manifiestos desde ciudades improbables, había facilitado la salida de españoles hacia destinos hasta entonces inaccesibles (en ambos sentidos). El régimen de Batista, degradándose alegremente como mango al sol, pocos reparos podía oponer a lo que el Gran Hermano hubiera aprobado.

La moneda fuerte volvió a resolver cualquier duda aterosclevótica que lo indefinido de la fecha de salida de Rafael y lo poco distinguido de su equipaje hubieran inspirado a Dulce María:

—Su llave, número 112, primer piso, no puede llegar después de la 1, el desayuno a las ocho, 16 pesos.

Muchos estudios financiados por fabricantes de electrodomésticos han demostrado que lo primero que hace el huésped (masculino) de un hotel es encender la televisión para buscar el canal de porno, pero en 1956 y en el nacional, no había televisión (ni en España tampoco, si vamos a eso). Rafael deshizo la menor de sus dos maletas, colgó el saco en un galán de noche, apoyó la pierna mala en una silla de enea y leyó el único papel que llevaba en el bolsillo, algo desteñido ya por el sudor de un día no demasiado cálido en La Habana. Leyó lo que sigue:

—Llegar sábado, preguntar por Rojo, buscar archivos Iglesia.

Como las largas horas que había pasado en la librería de su padre (Sánchez Bazas, librería, papelería y artículos de regalo, calle Panero 39, Valladolid) y los escasos clientes que la frecuentaban habían desarrollado en Rafael un sorprendente amor por la lectura, el mensaje le hizo recordar al viajero francés del cuento de Larra y su «vuelva usted mañana». La perspectiva de encontrar a alguien llamado Rojo, a quien había visto por última y única vez en 1939, convencerlo de la absurda *quest* que desarrollaba y además localizar en el archivo de ¿qué Iglesia? un documento de 1898 y ¡sacarlo del país! sin amigos, sin cobertura de su gobierno y con escaso dinero era realmente de cuento. La alternativa sin embargo... más valía no considerar la alternativa.

En algún lugar de su memoria se guardaba la impresión de que al caer el sol lo indicado en La Habana era tomar un combinado, de modo que tras un somero aseo en las superficies cerámicas del Nacional que imitaban con gran acierto el aspecto de su fachada, salió con sombrero flexible y bastón rígido a la calle.

Un lejano instinto de orientación, adquirido tal vez en la Guerra, le hizo elegir sin vacilar el camino de la derecha; el sol vacilaba entre tomar otra ronda o retirarse más allá del horizonte y luego por subterráneos caminos emprender su eterno ritornelo de manos de un auriga Efebo. Vacilaba también Rafael sobre su trípode cansino: el contacto con los nativos era recomendable para obtener información sobre Rojo, pero centrarse en la colonia española reduciría el ámbito de la búsqueda. Veinte años ya desde la guerra, la mitad de su vida, poco satisfactoria y menos prometedora pero si dejaba entrar a la melancolía antes de la primera copa... se quitó el sombrero, enjugó su frente y siguió el sonido de una música singularmente poco estridente.